

EL PAPADO A DEBATE. ESPERANZAS Y PERSPECTIVAS PARA EL TERCER MILENIO

Algo se mueve en la Iglesia cuando un teólogo valdense da clases sobre la teología de los sacramentos según el pensamiento de los reformadores en el Ateneo Anselmiano de la Ciudad eterna. Algo se mueve desde el momento que la lección inaugural del curso académico en dicho Ateneo es pronunciada por el mencionado teólogo. La lección ha sido publicada en Sant'Anselmo Forum y luego reproducida en Irenikon. Vale la pena leerla atentamente.

La papauté en discussion. Attentes et perspectives pour le III^e millénaire Irenikon 70 (1997) 31-40.

¡Hay algo nuevo bajo el sol de Roma! El hecho de que haya sido invitado a dar esta lección inaugural aquí, en el Ateneo de San Anselmo de Roma, un valdense ¹ -¡un hereje desde 1215, doblemente hereje desde 1521!- resulta ya una novedad relativa, ya que anteriormente otro valdense -el profesor Valdo Vinay- había ya sido distinguido con el mismo honor que yo, cosa que agradezco de todo corazón.

Pero la novedad absoluta viene de la otra ribera del Tíber: la Encíclica *Ut unum sint*. En ella por primera vez, al menos en la historia reciente, un Papa ha puesto, de alguna manera, a debate, si no su función, al menos las modalidades de su ejercicio, o sea, algo de sí mismo.

A decir verdad, el papado ha sido siempre puesto a debate, como ninguna otra institución eclesial, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Sin embargo, aunque no se trate sino de las modalidades de un primado enérgicamente reivindicado, lo verdaderamente novedoso es actualmente que el Papa ponga -pública y ecuménicamente- a debate un aspecto de su ministerio. Hasta ahora esto no había sucedido nunca.

No es difícil imaginar por qué el Papa polaco ha llegado a esta decisión. Sin duda Juan Pablo II está empeñado en la causa de la unidad. Sus innumerables encuentros ecuménicos en el curso de sus viajes no han dejado de convencerle de la urgencia de esta causa. Ha debido convencerse de que el papado, tal como hoy está, no tiene -ecuménicamente- posibilidad alguna. Por esto se impone un cambio. Pero sólo un Papa puede cambiar el papado. Juan Pablo II ha comenzado a hacerlo. Mejor dicho: se ha declarado dispuesto a hacerlo. Así, se ha abierto una espiral que, en un futuro más o menos lejano, podría revelarse decisiva para la recomposición de la unidad cristiana.

Señalemos otras tres novedades, menores que las que acabo de evocar, pero que merecen ser tomadas en consideración:

1. El nuevo marco en el que se sitúa la exigencia ecuménica. Desde la introducción de la Encíclica este nuevo marco está constituido por "el testimonio lleno de coraje de tantos mártires de nuestro siglo", mártires que pertenecen a las Iglesias cristianas más diversas y que constituyen una especie de comunidad ecuménica por adelantado o, más bien, la vanguardia del movimiento ecuménico. La exigencia ecuménica es así considerada a partir de la avanzadilla del testimonio cristiano de nuestro siglo, la de los mártires. Su

sangre no es solamente *semen christianorum*, sino también *semen unitatis* (semilla de unidad). Este enfoque de la exigencia ecuménica es particularmente fecundo. Gracias a él, los cristianos aún divididos hallan más fácilmente las razones profundas de su unidad y relegan a un segundo plano sus divergencias, por serias que sean. De hecho, nuestras divergencias salen más a relucir cuando discutimos entre nosotros que cuando damos un testimonio conjunto de nuestra fe cristiana ante los creyentes de otras religiones o ante conciencias secularizadas.

2. En el n° 39 habla la Encíclica de "divergencias reales que atañen a la fe". Dichas divergencias son abordadas con un espíritu de caridad fraterna y respeto a la conciencia, tanto la propia como la del prójimo, y con una actitud de humildad y de amor a la verdad. El texto prosigue -y ésta es la novedad-: "En este ámbito, la confrontación tiene lugar respecto a dos referentes esenciales: la Sagrada Escritura y la gran Tradición de la Iglesia. Por su parte, los católicos disponen de la ayuda del Magisterio siempre vivo de la Iglesia" Ya no se habla simplemente de tradición, sino de la "gran Tradición de la Iglesia", entendiéndola -me imagino- como la Tradición de la Iglesia antigua, a la que todas las Iglesias les gusta remitirse. No se silencia el magisterio católico. Pero su radio de acción se circunscribe a los católicos e incluso para éstos no se sitúa entre las "referencias esenciales", sino que realiza una función más modesta de ayuda. Para todos los cristianos, los puntos esenciales de referencia son dos: la Sagrada Escritura y la gran Tradición de la Iglesia. La Escritura ocupa el primer lugar. Y esto a pesar de que sabemos que, de alguna manera, la Tradición la ha precedido. La tradición tiene prioridad, la Escritura la primacía.

3. Superación de la noción de "hermanos separados", consagrada por el Vaticano II (U.R. n° 20). Los párrafos 41 y 42 de la Encíclica llevan por título "La fraternidad reencontrada". Esta expresión implica una forma completamente nueva de considerar a los otros cristianos: ya no es la separación lo que les caracteriza, sino una fraternidad que se había perdido y ha sido reencontrada. Superar la situación de "hermanos separados" significa un cambio en la relación ecuménica. La impresión que ha dado la Encíclica papal es la de un documento que, tanto en la sustancia como en el tono, difiere de todas las declaraciones oficiales precedentes de la Iglesia católica en materia de ecumenismo. Es en el interior de ese discurso ecuménico nuevo donde encuentra su lugar propio el planteamiento, aunque muy parcial y circunscrito, del tema del papado, por parte del Romano pontífice. A fin de evaluar su alcance real y su posible significación ecuménica, hacemos las reflexiones siguientes:

1. Hay que observar que la Encíclica reasume, de la forma más clara, la doctrina católica tradicional del Obispo de Roma como sucesor de Pedro y del papado como pivote institucional no sólo de la unidad católica, sino también de la cristiana (n° 88). A esto se añade que "la comunión de las Iglesias particulares con la Iglesia de Roma y de sus Obispos con el Obispo de Roma es una condición esencial -según el designio de Dios- de la comunión plena y visible" (n° 97).

Huelga decir que estas afirmaciones no pueden ser compartidas ni por los ortodoxos ni por los protestantes. En particular, hay un desacuerdo total respecto a la reivindicación del papado de ser una estructura "de derecho divino". Por lo que se refiere al protestantismo, es justamente sobre este punto sobre el que tuvo lugar la ruptura con los Reformadores. Es bien posible que éstos no habrían rechazado el papado, de no haber pretendido ser reconocido como una institución de derecho divino. Pese a lo dicho, la

Encíclica injerta sobre esa reivindicación una reflexión que, sin calificarla de autocrítica, manifiesta, no obstante, la clara intención de intervenir sobre el papado, si no en su ser, al menos en su manera de ser, para así poder ejercer, al servicio de la unidad cristiana, la función decisiva que ella se atribuye.

Ésta es la singular paradoja del papado: por una parte, él es "principio y fundamento" de la unidad católica y desearía serlo también de la unidad cristiana, pero, por otra, como lo reconocía Pablo VI en un discurso noble y valiente de 1967 "el Papa es, sin duda, el obstáculo más grave en el camino del ecumenismo". La paradoja consiste, pues, en que la estructura que fundamenta la unidad católica, y que debería estar al servicio de la unidad cristiana, es justamente la que la impide. La Encíclica pretende superar esa paradoja y salir así del impás. Su reflexión se mueve entre dos polos: por una parte, la búsqueda de "una forma de ejercicio del primado abierta a una situación nueva", y por otra, el tema de la "conversión de Pedro y de sus sucesores" (nº 4), que, evocado al comienzo, podría considerarse como el hilo conductor secreto de todo el documento.

2. ¿Qué perspectivas concretas aparecen, pues, a partir de la Encíclica? ¿Qué escenarios podemos imaginar?

a) La hipótesis que el propio Papa avanza consiste en que él mismo, tras haber consultado a las otras Iglesias adopte "una forma de ejercicio del primado abierta a una situación nueva, pero sin renunciar a nada de lo esencial de su misión" (nº95). Por el momento, nadie sabe en qué consistiría esa nueva forma del ejercicio del primado. De suyo, "forma del ejercicio del primado" puede significar poco o mucho. La forma se refiere siempre a un contenido. Y cambiarla implica un cierto cambio del contenido. ¿Cuáles son los contenidos que experimentaría un cambio?

Los poderes del Papa son, desde el punto de vista ecuménico, el problema fundamental. Tanto el Vaticano I como el II los consideran como atribuidos por Cristo al Papa en toda su extensión y plenitud. Dicho con todo respeto, pero también con toda franqueza, nosotros los consideramos excesivos e incluso abusivos. Es cierto que la Encíclica habla de lo "esencial de su misión", pero no dice "lo esencial de sus poderes". De ahí la pregunta: ¿cuál es la relación entre los poderes del Papa y su misión? ¿Están verdaderamente sus poderes al servicio de su misión?

Habría que ver, pues, si una nueva forma del ejercicio del primado modificará los poderes y las prerrogativas del Papa y cómo. Si unos y otras permanecen invariables -y éste es el primer escenario posible- no habría novedades sustanciales respecto a la situación actual. El Papa debería limitar su radio de acción a la Iglesia católica, renunciando a ser reconocido en sus actuales poderes por los otros cristianos. Sería reconocido como jefe de la Iglesia católico-romana y el papado sería reconocido como una estructura confesional de la Iglesia de Roma, no como una estructura potencialmente ecuménica. Esto podría facilitar la manifestación de la unidad cristiana. Las otras Iglesias se sentirían más libres para establecer con la Iglesia católica las relaciones de fraternidad y de colaboración, porque sería claro que *cum* Petro no significa, ni directa ni indirectamente, *sub* Petro. Entonces las Iglesias, disponiendo cada una de su manera de encarnar la unidad cristiana, podrían, en determinadas condiciones darse "la mano de comunión", como escribe Pablo a los Gálatas (2, 9).

Así como la Iglesia de Jerusalén no impuso su modelo eclesiológico a las Iglesias nacidas de la predicación de Pablo, de la misma manera hoy la Iglesia de Roma no exigiría de las otras Iglesias que adoptasen su modelo eclesiológico. De esta forma, las Iglesias podrían reconocerse recíprocamente como Iglesias de Jesucristo, realmente unidas y realmente distintas entre sí. Podrían reunirse periódicamente para un concilio verdaderamente universal, en el que fijarían las líneas de testimonio y de acción en común y en el que crecerían juntas en una participación siempre más amplia en la fe, el amor y la esperanza.

b) Cabe imaginar un segundo escenario. ¿Cuál puede ser la "nueva situación" de que habla el Papa? Puede tratarse de la situación creada por el movimiento ecuménico y por el acercamiento general de las Iglesias, que reclaman formas diferentes de ejercicio del primado. Concretamente, podemos pensar en un papado orgánicamente integrado en la colegialidad episcopal, en la que el Vaticano II ha insistido tanto sin que haya encontrado todavía una aplicación adecuada en la redistribución de responsabilidades dentro de la propia jerarquía católica. En realidad, cabe afirmar que, tras el Vaticano II, el papado ha adquirido incluso mayor relieve. Y esto, no sólo porque todos los poderes del Papa afirmados por el Vaticano I, aunque situados en otro contexto, han quedado intactos, sino porque, en estos últimos decenios, han desarrollado toda su potencialidad. Así, hoy en día, gracias a los medios de comunicación social y a la rapidez del transporte aéreo, el Papa ha podido estar físicamente presente no sólo en Roma, sino también en el mundo entero. Con esto, la figura del Papa como "pastor universal" ha asumido, para los católicos, un carácter más concreto que no poseía ciertamente en 1870. Frente a esta tendencia apenas esbozada, una forma nueva de ejercer la primacía podría ser más colegial y menos personal. Una segunda posibilidad consistiría en que el Papa renunciase a nombrar todos los obispos católicos del mundo, restituyendo esta facultad a las Iglesias particulares y reservándose, como máximo, el derecho de veto. A largo plazo, esto produciría cambios profundos de gran interés ecuménico, especialmente en todas las Iglesias de estructura episcopal. La búsqueda de formas nuevas de ejercicio del primado abre perspectivas inéditas que pueden desbloquear la situación de inmovilismo en la que nos hallamos y poner en marcha un proceso prometedor. Es cierto que el hecho de que el primado sea un dogma limita el alcance innovador de la propuesta del Papa. Pero también lo es que las otras Iglesias cuestionan el primado como tal y no sólo las formas de su ejercicio. No obstante, si, tras una consulta ecuménica seria y profunda, las formas del ejercicio comienzan a cambiar, muchas otras cosas más importantes podrán ponerse en movimiento, c) Un tercer escenario, del que la Encíclica hace mención explícita es el que podemos describir como la conversión o reconversión ecuménica del papado. La conversión consistiría en que el papado, hasta ahora al servicio de la unidad católico-romana, decidiese libremente ponerse al servicio de la unidad cristiana. Para esto debería superar la identificación que hace, casi instintivamente, entre unidad católica y unidad cristiana. Debería comprender que la unidad cristiana no es la extensión a todas las Iglesias de la unidad católico-romana. Es algo distinto que, si buscamos conjuntamente, es porque sabemos que Cristo nos lo ha ofrecido. Buscar conjuntamente "nuevas formas del ejercicio del primado" podría ser un primer paso, limitado pero decisivo, en esta dirección. Para el papado, no se trataría de una renuncia velada a su función, sino, por el contrario, de su plena realización. El papado podría finalmente llegar a ser lo que siempre quiso -una institución al servicio de la unidad- y que en los momentos cruciales de la historia de la Iglesia -las dos rupturas: con el Oriente cristiano en 1054 y con la Reforma protestante

en 1521 - no acertó a ser, sino que, por el contrario, se convirtió en causa, acaso parcial, de división.

Hay un texto en la Encíclica que podría proporcionar la clave de un futuro ecuménico del papado. Tras aludir a Lc 22,32 - "Y tú, una vez convertido, fortalece a tus hermanos"- prosigue el Papa: "El propio obispo de Roma tiene que aplicarse la plegaria de Cristo para la conversión que le es indispensable a "Pedro", a fin de poder servir a sus hermanos. De todo corazón pido que se unan a esa plegaria todos los fieles de la Iglesia católica y todos los cristianos. Que todos oren conmigo para esta conversión" (nº 4). La novedad de esta afirmación la capta uno de inmediato: la conversión por la que se invita a toda la Iglesia a rogar no es la de Pedro como persona, sino la de Pedro como institución. De ahí las comillas.

¿Qué puede significar "conversión de la institución papal"? No es posible adivinarlo. Pero es un hecho que la palabra "conversión" implica un compromiso. En el NT indica el cambio más radical que puede operarse en este mundo, una especie de muerte y resurrección, un cambio total de perspectivas, de comportamientos y de objetivos. Sería, por ej., el caso de la reconversión de una empresa productora de armas que se convierte en productora de material agrícola, según aquello de Isaías 2,4: "De las espadas forjarán arados; de las lanzas, podaderas". "Conversión" es mucho más que "reforma". La conversión significa que, permaneciendo el mismo, uno llega a ser lo que no era. El papado seguiría siendo él mismo: una estructura no sólo al servicio de la unidad católico-romana, como en el pasado, sino también al servicio de la unidad cristiana.

Esta hipótesis que, a primera vista, se nos antoja atrevida, pues supone una cierta muerte y resurrección del papado, a la postre podría revelarse la más realista, si es que se toma en serio -como ciertamente hace el Papa- la exigencia ineluctable de la conversión de "Pedro". Como toda otra conversión, tampoco ésta puede ser fruto de una iniciativa humana. Para los hombres esto resulta imposible. Pero, para Dios, todo es posible. He ahí por qué hay a veces algo nuevo bajo el sol... incluso bajo el sol de Roma.

Notas:

¹El nombre de "valdenses" viene de Pedro Valdo, el cual en 1173, tras distribuir su fortuna entre los pobres, emprendió una vida apostólica de pobreza como predicador penitencial ambulante. Reunió en torno a sí a hombres y mujeres que pensaban como él y los envió a predicar. El movimiento bíblico y apostólico que se inició con él muestra, por primera vez en el medioevo, cómo el laicado toma parte activa, de un modo independiente y en una amplia medida, en la solución de los problemas religiosos de la época. Pese a los esfuerzos de Inocencio III, la Iglesia romana no logró integrar en su seno dicho movimiento (Nota de la Redacción).

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA